

Vidas beligerantes

Javier Auyero

Vidas beligerantes

Dos mujeres argentinas, dos protestas
y la búsqueda de reconocimiento

Traducción: Claudia Gilman

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alfredo Alfonso

Vicerrectora
Alejandra Zinni



Bernal, 2023

Colección Intersecciones
Dirigida por Carlos Altamirano

306 Auyero, Javier
CDD Vidas beligerantes: dos mujeres argentinas,
dos protestas y la búsqueda de reconocimiento.
- 1ª ed. - Bernal - Universidad Nacional de Quilmes, 2004.
304 p., 20x14 cm.

ISBN 987-558-026-0
1. Antropología Social - I. Título

Diseño de portada: *Sebastián Kladniew*
Realización: *Mariana Nemitz*

Título original: *Contentious Lives. Two Argentine Women,
Two Protests, and the Quest for Recognition*

© Javier Auyero, 2023
© Universidad Nacional de Quilmes, 2023

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 987-558-026-0

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Prefacio	11
Agradecimientos	11
Introducción: Acerca de la intersección de las biografías individuales y colectivas y la protesta.	17
PRIMERA PARTE: LOS PIQUETEROS	39
Capítulo 1. El día previo a la pueblada: un pueblo en el abismo. . . .	55
Capítulo 2. La vida de Laura: “¿Cómo caí tan bajo?”	77
Capítulo 3. Estar en la ruta: identidades insurgentes	191
Capítulo 4. Después de la ruta: legados beligerantes	129
SEGUNDA PARTE: LA REINA DE LA PROTESTA	145
Capítulo 5. Las vivencias de 1993: el inicio y la gestación del estallido.	159
Capítulo 6. Las vivencias del día 16: la fiesta y el saldo de la beligerancia	187
Capítulo 7. La vida de Nana: “Treinta y seis años de comer bosta” . .	209
Capítulo 8. Memorias polémicas	231

CONCLUSIÓN: ETNOGRAFÍA Y RECONOCIMIENTO	259
APÉNDICE: SOBRE EL TRABAJO DE CAMPO, LA TEORÍA Y LA CUESTIÓN DE LA BIOGRÁFICA	275
Bibliografía	285

A mi amigo Lucas Rubinich, con quien vengo
disfrutando de la amistad y del oficio
de la sociología desde hace más de una década.

Prefacio

“¿Usted es el autor de *Vidas beligerantes?*”, me preguntó Naomi Jiménez por Messenger el 29 de marzo de 2021. Ella es la hija de Roxana Chávez, Nana, una de las protagonistas de este libro que se publicó hace casi dos décadas.¹ Naomi tenía 11 años cuando su mamá falleció en marzo de 2007, víctima de una forma extremadamente agresiva de cáncer.

Usted conoció a mi mamá, aunque ya han pasado años y tal vez no la recuerde mucho. No he tenido la dicha de poder leer su libro aún. He buscado en casi todas las librerías en Santiago y no lo tienen, espero algún día poder leerlo, me intriga mucho. No he tenido la suerte de conocer como persona a mi mamá... Y siento que ese libro va a conectarme de cierta forma con su pensamiento.

A los pocos días de nuestro intercambio le envié un archivo pdf del libro. Nunca, en más de 25 años de oficio, tuve tanta ansiedad y preocupación con la devolución de una lectora. Transcribo parte del mensaje que me envió al día siguiente de recibir el texto:

¹ El libro fue publicado originalmente en inglés en el año 2003: *Contentious Lives. Two Women, Two Protests, and the Quest for Recognition*, Durham, Duke University Press.

Me adelanté al capítulo donde se habla de la vida de mi mamá porque la curiosidad me ganaba, no podía esperar un minuto más, quería saber... llevo 14 años desde que falleció, tenía esa necesidad de saber y quería sacármela de una vez por todas [...] Algunas de las cosas que he leído sí las sabía, pero no con tanto detalle. La verdad es que... es fuerte leer todo eso... Para mí ella era mi mundo. Leer lo que ella vivió, qué injusto, me encantaría viajar en el tiempo y protegerla de todo eso, y pedir que esa gente de mierda no se le acerque [...] A mí y a mi hermano nos tocó una faceta complicada de ella (porque se estaba muriendo). Por eso me puse en campaña para saber quién era realmente ella, porque no podía quedarme solo con la idea de que ella era eso. Yo siempre tuve la sensación de que ella era más. Y tenía razón. No sé cómo agradecerle por darme la llave para abrir ese cofre. Se me han despejado ochenta mil dudas [...] No creía posible poder conocerla a ella. No sé cómo agradecerse. No puedo creer que haya logrado algo que estaba buscando con tanta intensidad. Yo sabía que si lograba conocerla mejor a ella, iba a lograr conocerme mejor a mí, sé que iba a saber quién soy, de dónde vengo [...] Esa voluntad que ella tenía, ahora sé de dónde me viene. Eso me pone feliz. Ella era la madre que ella quiso tener, una madre que no te daba la espalda, una madre que siempre estaba ahí, y que iba a hacer lo imposible para que vos progreses, que cumplas con los sueños que tienes. Solté unas lágrimas, pero también unas sonrisas. Me cuesta creer que mi mamá tenía sentido del humor porque la conocí de una forma totalmente distinta.

En el año 2004, unos meses antes de fallecer, Roxana me escribió un mensaje por correo electrónico agradeciéndome el libro: “Lo recibí. Gracias. No tengo palabras. No pude leerlo de corrido, por las lágrimas. Gracias”. Su indignación por la injusticia y la corrupción que dominaban su provincia, y su inquebrantable voluntad militante no menguaron cuando se enteró de su enfermedad. Siguió

asistiendo a las marchas contra la impunidad que por ese entonces se organizaban en Santiago del Estero. Vio, emocionada, cómo los Juárez dejaban de gobernar. Cuando hablé por teléfono con ella, la escuché feliz por lo que percibía como “aires nuevos” y poco me contó de su dolor físico frente al mal que la acosaba. Nos vimos una vez cuando estaba internada en un hospital de Buenos Aires ya con el cáncer muy avanzado. Ella soñaba, me dijo alguna vez, con que *Vidas beligerantes* “sirviera para algo”. Imposible imaginar en ese momento que este libro iba a servir para que su hija Naomí, muchos años después, *re-conociera* a su madre.

Haría falta un segundo libro para relatar todo lo que sucedió en la vida de Laura desde la publicación de *Vidas beligerantes*. “Cuando te conté mi historia era para que la hicieras grande”, me recuerda ella en un correo electrónico. Cuando recibió la copia en inglés estalló de alegría –la volvió a llenar de orgullo, me cuenta, verse retratada y ver al piquete en la tapa del libro publicado en Estados Unidos. La versión en español salió al poco tiempo, y fue su “amuleto” en su peregrinar por los tribunales de Río Negro.

El libro “me empoderó”, me dice Laura en una larga conversación en junio del 2022. Fue una de sus muchas armas en la pelea que llevó a cabo en el poder judicial; pelea en la que constantemente le decían que estaba “equivocada”, que estaba “fuera de lugar”, que sus reclamos “no correspondían”, que era un “loca”. Patrocinada por defensores oficiales debido a su precaria condición económica, pedía con la misma obstinación que le conocí cuando hice la investigación para este libro, que se le reconozcan el sufrimiento causado por el maltrato y desidia de un sinnúmero de funcionarios judiciales. En el año 2014, los tribunales finalmente compensaron a Laura con una módica suma de dinero (“a mí, igualmente la plata no era lo que me importaba”, me dijo Laura, “el reclamo lo hice por mi dignidad”). Según se lee en el texto legal, el poder judicial admitió: “daños y perjuicios ocasionados a la actora, por el mal desempeño de sus funcionarios públicos en su accionar, así como la omisión

del cumplimiento de normativa constitucional y local aplicable. Este mal funcionamiento es achacado a diferentes funcionarios del Poder Judicial que tomaron intervención en varios expedientes en que la Señora Padilla era parte y que se relacionaban con temas de violencia doméstica, alimentos y tenencia de hijos”.

“Dejé de ir a tribunales cuando reconocieron que habían actuado mal. Esperar a que me pagaran lo que correspondía era una locura y tan loca no estoy”, me dice Laura sonriendo, y enseguida recuerda que Roxana, a quien no conoció personalmente pero con quien estaba comunicada por correo electrónico, “me incentivaba para seguir la lucha en los juzgados. Ella me entendía, ella trabajaba en tribunales, ‘dales duro’ me decía”.

Laura siguió estudiando (hizo especializaciones en violencia familiar y maltrato infantil), participando en grupos de mujeres contra la violencia doméstica, y dando clases particulares en su casa. Recibí fotos de sus nietos, de los encuentros que ella tuvo con alguna de las personas que aparecen en este libro, y de su participación en las marchas del 8 de marzo, día internacional de las mujeres trabajadoras, en General Roca. Allí se la ve con su pañuelo verde, llevando una bandera que reza “8M Paro Feminista” junto a un grupo de mujeres muy jóvenes. “Me fascinan las marchas, me siento que ya no estoy sola”, me dijo la última vez que hablamos; capturó, en una simple oración, un cambio social fundamental en la Argentina: hoy, la violencia contra las mujeres no es el tema silenciado y excluido de la agenda pública que era cuando *Vidas beligerantes* fue publicado por primera vez.

“Hemos de saber que una nueva era ha comenzado,” escribió Charles Tilly en *The Contentious French*, “no cuando una nueva élite toma el poder o cuando aparece una nueva constitución, sino cuando la gente común comienza utilizar nuevas formas para reclamar por sus intereses”. *Vidas beligerantes* traslada a las lectoras a dos de los eventos que originaron una nueva era en la Argentina contemporánea, esta época en la que los piquetes no solo se volvie-

ron parte del repertorio de protesta popular sino parte del hablar cotidiano en el país.

No me acerqué a Laura por ser la “guerrera en los juzgados” que luego supe que sería; no sabía nada de su historia de violencia. La busqué porque, en una calurosa tarde en Santiago del Estero, Raúl Dargoltz –un apasionado historiador local ya fallecido– me acercó un cuaderno manuscrito y me dijo: “A vos que te interesa la protesta, acá tenés el diario de la primera piquetera”. Todo movimiento social, toda forma de acción colectiva, tiene su génesis. Este libro, hurgando en la vida de un pueblo y de la líder circunstancial de una protesta, examina el origen de esa nueva manera de formular conjunta y transgresivamente demandas en común.

En las dos décadas que transcurrieron desde la publicación de este libro muchos y muy buenos trabajos se han ocupado de las causas, el desarrollo, los sentidos y los resultados de la acción colectiva y los movimientos sociales en la Argentina (Lapegna, 2016; Longa, 2019; Rossi, 2017; Muñoz, 2017; Svampa, 2008; Perez, 2022; Quirós, 2006, 2011; Pereyra, Pérez y Schuster, 2015); gracias a estos y muchos otros textos hoy conocemos más y mejor la protesta social en el país. *Vidas beligerantes* presenta una crónica, sociológicamente informada, de dos episodios puntuales de acción colectiva transgresiva. No es un “primer borrador” de la historia de las protestas sino que utiliza notas periodísticas –ellas sí, borradores originarios– y testimonios de los protagonistas para reconstruir sus orígenes y dinámicas.² Quienes no recuerden o conozcan estos importantes eventos en la vida política argentina pueden encontrar en estas páginas detalladas descripciones sobre ellos –lo que sucedió, cómo ocurrió y cuáles fueron los significados que sus protagonistas les dieron a los hechos.

Al mismo tiempo, el libro ofrece una perspectiva que trasciende los casos de estudio específicos. En las páginas que siguen, propongo

² La frase que dice que el periodismo es el primer borrador de la historia se le atribuye al editor del *Washington Post*, Philip Graham.

y llevo a cabo una forma de estudiar la acción colectiva que, sin ser individualista, se centra en la subjetividad de los protagonistas, en sus relaciones próximas, y en la búsqueda de reconocimiento como motor de la acción social. Esta mirada granular, microscópica, asociada con la etnografía como método y como forma de ver y de pensar, es la que *Vidas beligerantes* pone en acto como forma de indagación y de narración. El libro demuestra que no solo se trata de conocer bien a los sujetos, sino también de contarlos de buena manera, de una forma que se aleje de la obtusa escritura académica que confunde oscuridad con profundidad.

En su reseña del libro *Monogamy* de Sue Miller, el novelista Richard Russo elogia esta “novela anticuada y lenta que permite a los lectores soñar profundamente”. Las imágenes que Miller toma en su texto, escribe Russo, “están llenas de profundidad y contraste y exuberante detalle. Necesitan ser estudiadas, no miradas. Pertenecen a una galería de arte, no a Instagram”. Las redes sociales no son buenos hogares para las historias retratadas en *Vidas beligerantes*. La complejidad de las historias individuales y colectivas, sus detalles presuntamente nimios, merecen nuestra lectura atenta y pausada, del tipo que reservamos no para comentarios más o menos sagaces en Twitter o Instagram sino para las obras de arte. Construidas con cuidado y respeto durante largos períodos de tiempo, en conversaciones íntimas, a menudo difíciles, las historias de este libro son historias de dolor y sufrimiento pero también de esperanza, de opresión y violencia pero también de liberación y de cuidado mutuo.

En tiempos de *big data*, concentrar la atención en dos personas, dos eventos y en dos pueblos, puede sonar anacrónico. Yo, sin embargo, estoy convencido de que esta forma de observar y contar aún nos puede mostrar una faz del funcionamiento del poder político que no solemos mirar, puede arrojar luz sobre los efectos y los afectos cotidianos de las desigualdades de clase y género, y puede iluminar las formas en que las personas luchan individual y colectivamente por el respeto y el cambio social. Sigo pensando, como

cuando escribí la versión original del libro, que estas dos mujeres y estas dos protestas tienen aún mucho por enseñarnos.

Desde el día que me encontré con Nana y con Laura, supe que iba a querer contar sus historias, supe que quería visibilizar su sufrimiento en sociedades dominadas por hombres y dar a conocer sus participaciones en protestas que sacudieron los cimientos del poder de sus respectivas provincias. Frente a los escépticos que descreen de la utilidad o el valor de las ciencias sociales, hay quienes abogamos por una ciencia social pública localizada (Burawoy, 2004), una de las posibles formas que la “erudición con compromiso” puede tener (Bourdieu, 2000; Collins, Jensen, y Auyero, 2017). Abogamos también por la escritura como una forma de intervención, un modo de hacer visibles historias excluidas o tergiversadas. Le pedí permiso a Naomí para contar nuestro intercambio públicamente y a Laura para relatar brevemente lo que había sucedido en su vida desde la publicación del libro porque, me parece, ambas nos recuerdan que también los sociólogos y los antropólogos hacemos otro trabajo, quizás pequeño, pero igualmente relevante. Creamos archivos distintos a los oficiales, construimos historias alternativas. Entramos, también, en relaciones y conversaciones profundamente significativas, cuyas consecuencias muchas veces son difíciles de anticipar. La investigación social, como bien afirma la antropóloga Nancy Scheper-Hughes (1993) y como sin saberlo quizás nos recuerdan Naomí y Laura, puede, si se hace con cuidado y sensibilidad, ser un acto de hermandad, de solidaridad, de reconocimiento.

Bilbao, marzo de 2023.

Referencias bibliográficas

Bourdieu, P. (2000), “For a Scholarship with Commitment”, *Profession*, pp. 40-45.

Agradecimientos

- Burawoy, M. (2004), “‘Introduction’ to Public Sociologies: A Symposium from Boston College”, *Social Problems*, vol. 51, N° 1, pp. 103-106.
- Collins, C., K. Jensen y J. Auyero (2017), “A Proposal for Public Sociology as Localized Intervention and Collective Enterprise: The Makings and Impact of Invisible in Austin”, *Qualitative Sociology*, vol. 40, N° 2, pp. 191-214.
- Lapegna, P. (2016), *Soybeans and Power: Genetically Modified Crops, Environmental Politics, and Social Movements in Argentina*, Nueva York, Oxford University Press.
- Longa, F. (2019), *Historia del Movimiento Evit.: La organización social que entró al Estado sin abandonar la calle*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Muñoz, S. (2017), “A Look inside the Struggle for Housing in Buenos Aires, Argentina”, *Urban Geography*, vol. 38, N° 8, pp. 1252-1269.
- Pereyra, S., G. Pérez y F. Schuster (2015), “Trends of Social Protest in Argentina: 1989-2007”, en Almeida, P. y

La verdad es elusiva, sutil, multifacética. Sabes, Priscilla, existe una vieja leyenda hindú sobre la Verdad. Parece que un impetuoso y joven guerrero pidió la mano de una hermosa princesa. Su padre, el rey, pensó que el joven era demasiado seguro de sí mismo e inmaduro. Y decretó que el guerrero sólo podría casarse con la princesa después de haber encontrado la Verdad. De modo que el guerrero se lanzó al mundo en búsqueda de la Verdad. Fue a templos y monasterios, a las cimas de las montañas donde meditaban los sabios, a los remotos bosques donde los ascetas se autoflagelan, pero no pudo encontrar la Verdad en ningún sitio. Un día, desesperado y buscando protegerse de una tormenta eléctrica, se refugió en una caverna mohosa. En su interior había una vieja, una bruja de cabellos enmarañados y con verrugas en la cara. De sus huesudas costillas colgaba una piel flácida, sus dientes eran amarillentos y de su boca salía un aliento hediondo. Pero cuando le habló, a cada pregunta que ella le contestaba, se daba cuenta de que había llegado al final de su periplo: ella era la Verdad. Hablaron toda la noche y cuando se disipó la tormenta el guerrero le dijo que había completado su búsqueda. “Ahora hallé a la Verdad” –dijo él–, ¿qué diré sobre usted en el palacio?” La enjuta anciana sonrió. “Dígales –dijo ella–, dígales que soy joven y hermosa.”

SHASHI THAROOR, *Riot: A Love Story*

Como en todas las cosas de la vida es una cuestión de tiempo y de paciencia, una palabra aquí, otra palabra allá, un sobreentendido, un intercambio de miradas, un súbito silencio, pequeñas grietas dispersas que se van abriendo en el muro, el arte del investigador está en saber aproximarlas, en eliminar las aristas que las separan, llegará siempre el momento en que nos preguntaremos si el sueño, la ambición, la esperanza secreta de los secretos no será, finalmente, la posibilidad, aunque vaga, aunque remota, de dejar de serlo.

JOSÉ SARAMAGO, *La caverna*

Éste es un libro acerca de experiencias y memorias, tanto individuales como colectivas, de lucha popular. Se ocupa de los modos en que quienes protestaron viven, sienten y recuerdan dos episodios recientes de la lucha colectiva en la Argentina. Muy parecido a la verdad a la que se refiere la leyenda hindú, esa dimensión cultural de la protesta es sutil y multifacética. La existencia pública de esas experiencias y memorias, como reconocerá el lector, no siempre implica que sean fáciles de reconstruir e interpretar. Elusivas como algunas veces lo son, su reconstrucción, interpretación y explicación requiere la paciencia y la habilidad que Saramago reserva para los secretos y también la colaboración de personas que vivieron esos episodios de lucha y posteriormente aceptaron compartir sus historias conmigo. Para ellas, y sobre todo para Laura y Nana, las dos mujeres cuyas vidas son el tema principal de este libro, mi muy especial agradecimiento.

“Ésa fue mi historia: ahora está en tus manos. Buena suerte”, me dijo Laura en una carta después de que regresara a casa tras mi primer trabajo de campo en el pueblo de Cutral-có, en la provincia de Neuquén. Durante las cuatro semanas que pasé en su casa, reconstruimos juntos la historia de su vida y su participación en *la pueblada*,¹ una protesta que duró seis días en la Patagonia argentina, en la

¹ En castellano en el original. [N. de la T.]

que ella fue una de las protagonistas centrales. “Escribir sobre nosotros es parte de tu trabajo; espero que no traiciones la confianza que deposito en vos”, me dijo en varias oportunidades. Nana usaba casi las mismas palabras para referirse al libro que yo le dije intentaba escribir sobre su vida y su participación en el “Santiagazo”, una protesta de dos días que sacudió la ciudad de Santiago del Estero, en el noroeste argentino. “Escribí lo que quieras... si te cuento todas estas cosas es porque confío en vos.” Laura y Nana me abrieron las puertas de sus casas y compartieron sus vidas beligerantes conmigo. No hace falta decir que este libro, un estudio de la intersección de sus vidas con dos episodios de la protesta popular, no habría sido posible sin su colaboración entusiasta. Mi agradecimiento a ellas y sus familias nunca será suficiente. Pueden no estar de acuerdo con lo que digo aquí, pero espero sinceramente que el libro no traicione la confianza que ambas me brindaron. También quiero agradecer a Carlos Zurita, Alberto Tasso y Sonia, Raúl y Raulín Dargoltz por su hospitalidad y aliento el tiempo que pasé en Santiago del Estero, y agradecer a María Esther y Kelio Fuentes y a Mónica y Christian Palavecino, con quienes estuve en Cutral-có. En Santiago, Alejandro Auat y Carlos Scrimini, pese a sus discrepancias, realizaron aportes críticos a mi comprensión de los recuerdos de la protesta. Teresa Unzaga, Marcelo Infante y Carolina Malanca cooperaron enormemente guiándome a través de los archivos de *El Liberal* y respondiendo a mis búsquedas de último momento. Gustavo Glombowics fue muy amable al permitirme acceder al archivo fotográfico electrónico de *Río Negro*. Alejandra Faiazzo y Andrea Vázquez me brindaron gran colaboración y aliento. El resto de mis entrevistados en ambas localidades merecen mi más profunda gratitud por su tiempo y su paciencia.

Muchos amigos y colegas aportaron críticas sagaces y sugerencias. Quiero agradecer especialmente a Lucas Rubinich, Ethel Brooks, Loïc Wacquant, Michael Kimmel, Naomi Rosenthal, Marc Elderman, James Rule, Elisabeth Word, John Markoff, Francesca Pollet-

ta, Claudio Benzecry, Vera Zolberg, Stacy Goldrick, Roy Licklider, Wayne te Brake, Howard Lune, Carol Lindquist, Carolina Skinner, Elke Zuern, Marina Farinetti, Carmenza Gallo, Joyce Robbins y Jeffrey Olick. Mark Healy oyó en primer lugar mis relatos acerca del trabajo de campo y luego comentó conmigo borradores de partes de este libro. Le agradezco no sólo por su lectura crítica sino también por su apoyo a lo largo de toda la tarea. En muchas ocasiones, mientras estaba investigando y escribiendo, compartió conmigo su singular conocimiento del “interior” argentino y sus propias interpretaciones acerca de la emergencia de la acción colectiva en las provincias. En Rodrigo Hobert y Laura Zambrini encontré asistentes de investigación entusiastas y sumamente dotados. En ellos también llegué a conocer a dos inteligentes y apasionados intelectuales jóvenes y maravillosos seres humanos.

He contraído una gran deuda con Charles Tilly, que me ayudó a construir un objeto de investigación coherente a partir de las pocas ideas dispersas con las que regresé de mi primer trabajo de campo hace cuatro años. A lo largo del camino, su consejo, su aliento y sus escritos fueron útiles guías y fuentes de comprensión crítica. Más que ningún otro, él me transmitió la confianza necesaria para acometer el estudio de las relaciones entre luchas colectivas y vidas humanas. Gracias de nuevo, Chuck.

Muy probablemente Ian Roxborough y Tim Moran no reconozcan que mucha de la energía que implicó la escritura de este libro y muchas de las ideas que lo animan provinieron no “mientras caminaba por una calle levemente ascendente”, como dice Max Weber que se nos ocurren las ideas, sino hablando con ellos en las numerosas cenas que compartimos en Port Jefferson, Nueva York. No quiero atribuirles a ellos la responsabilidad de nada de lo que afirmo aquí, pero sí quiero agradecer su apoyo, amistad e inspiración intelectual a *los compañeros*² Ian y Tim.

² En castellano en el original. [N. de la T.]

Presenté resúmenes o secciones de este libro en el Seminario de Beligerancia Política (Contentious Politics Seminar) de la Universidad de Columbia, los departamentos de sociología de ucla, Northwestern, Brown, Pittsburgh y suny-Stony Brook; el Seminario General en la Casa de Altos Estudios en Ciencias Sociales (Universidad de General San Martín); el Centro de Estudios en Cultura y Política (cecyp) en la Fundación del Sur; el Latin American and Caribbean Center de suny-Stony Brook; la Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y de la Salud de la Universidad Nacional de Santiago del Estero; el David Rockefeller Center for Latin American Studies de la Universidad de Harvard; la conferencia “Out of Shadows: Political Actions and the Informal Economy” de la Universidad de Princeton; la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires; la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (flacso-Ecuador) y la conferencia anual de la Latin American Studies Association. Deseo agradecer a todos los participantes de esos foros por las vivas y útiles discusiones, especialmente a Germán Lodola, Gianpaolo Baiocchi, Lisa Brush, Eric Klinenberg y José Itzigsohn. Versiones previas de algunos capítulos fueron publicadas en *Theory and Society*, *International Sociology*, *Apuntes de Investigación* y *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*.

También extendo mi agradecimiento a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation y al Fondo que otorga el premio para el perfeccionamiento de la disciplina de la American Sociological Association, financiado por la American Sociological Association y la National Science Foundation, por su ayuda económica, y a suny-Stony Brook por una generosa licencia que me concedieron. Por su asistencia editorial les agradezco a Carol Lindquist y April Marshall.

Mis colegas y amigos del Centro de Estudios de Cultura y Política (cecyp) también merecen la más profunda gratitud. Durante los últimos cuatro años estuvimos luchando contra todos los obstáculos para encontrarnos, mantener discusiones productivas y publicar nuestra *Apuntes de Investigación* en la Argentina. Tal vez sea tiempo

de que reconozcamos la maravillosa atmósfera intelectual que nos proporcionó la Fundación del Sur y el espacio virtual de nuestro *apuntes-cecyp@ yahoooogroups.com*. En gran medida, este libro fue concebido y se nutrió en ese espacio tanto real como virtual. Nuestro mentor allí, Lucas Rubinich, debe ser mencionado en forma muy especial. Nos guía, nos inspira y a veces incluso nos ha llevado en su Dodge de 1975. Fue en “la máquina” (como llamábamos a su un tanto destartado vehículo), hablando con Lucas, donde surgió inicialmente la idea de escribir este libro. Aunque fue el primero en conocer el bosquejo de este libro y lo consideró una buena idea, no debe culparse a Lucas por sus deficiencias. Fue un verdadero placer trabajar de nuevo con Valerie Millholland y Miriam Angress en la Duke University Press. Muchas gracias también para Pam Morrison y Bill Henry por su minuciosa edición final. No hacen falta palabras para agradecer a nuestra familia en Nueva York, Graciela y Victor Penchaszadeh; lo harán *los titulares*.* ¡Gracias Penchas!

Una larga conversación en el tren N e innumerables discusiones en casa con mi *compañera*³ Gabriela Polit hicieron de este libro lo que es. No puedo imaginar lo que habría sido sin su aliento, comprensión y lectura crítica. Fue quien primero oyó las historias de Laura y Nana, me aconsejó sobre cómo interpretarlas y finalmente leyó, criticó y releyó el manuscrito entero. Fue esa profunda conversación la que modificó mi manera de abordar esas historias de vida como, en gran medida, búsquedas de género de reconocimiento y respeto.

Nelly y Carlos Jácome y sus hijos e hija, David, Martín y Andrea, merecen también un lugar especial en estos agradecimientos. No puedo pensar lugar mejor para terminar este libro que su hogar en Los Chillos, Ecuador. Nuestro hijo Camilo, Gabriela y yo nunca podremos agradecerles lo suficiente.

³ En castellano en el original. [N. de la T.]

Introducción

Acerca de la intersección de las biografías individuales y colectivas y la protesta

“Esto es para vos”, dice Nana, una antigua empleada de los Tribunales de 36 años, mientras me acerca un cristal proveniente de una gran araña que colgaba en los salones de la Casa de Gobierno. “Lo tomé como un recuerdo, cuando ocupamos y quemamos ese lugar corrupto... guardálo como una prenda que te recuerde mi Santiago.” Sorprendido, le pregunto: “¿Qué significa para vos?”. “Es un recuerdo –me contesta– y me siento realmente feliz de que te interese. Eso significa que es un recuerdo valioso. Al menos es útil, dado que te interesa. Es un recuerdo. Me dije a mí misma ‘voy a ir allá [a la Casa de Gobierno en llamas] otra vez porque quiero un objeto de recuerdo’. ¿Qué significa para vos?”

Ésa es nuestra última conversación sobre su participación en el Santiagueñazo, una protesta que sacudió la ciudad de Santiago del Estero en el noroeste argentino y al país entero el 16 de diciembre de 1993. Ese día, la ciudad de Santiago fue testigo de lo que el *New York Times* denominó (el 18 de diciembre de 1993) “el peor estallido social en años”. Tres edificios públicos –la Casa de Gobierno, los Tribunales y la Legislatura– y casi una docena de viviendas privadas de funcionarios y políticos locales fueron invadidas, saqueadas e incendiadas por miles de trabajadores públicos y habitantes de la ciudad que reclamaban los sueldos y sus jubilaciones impagos con demoras de tres meses y gritaban su descontento contra la extendida corrupción gubernamental.

“Quedátele, llevátele...”. Laura, una madre de tres hijos de 44 años, actualmente desocupada, me dice eso mientras me alcanza su cuaderno y entonces agrega: “Parte de lo que nosotros hicimos, los piqueteros, está en este cuaderno”. Laura lo llevaba durante la pueblada, una protesta en la que miles de pobladores de Cutralcó y Plaza Huincul, dos pueblos petroleros en la provincia sureña de Neuquén, cortaron las rutas nacionales y provinciales, aislando efectivamente ambos pueblos, en junio de 1996. Los piqueteros, como se llamaron a sí mismos durante las barricadas, exigían “fuentes genuinas de trabajo” y la presencia física del gobernador para discutir sus reclamos. Tras seis noches y siete días en la ruta, el gobernador Sapag accedió a la mayoría de sus pedidos en un acuerdo realizado por escrito que firmó con Laura, la representante de los piqueteros.

El cuaderno, me dice en nuestra última conversación, “ahora es parte de tu vida. Vos trabajás en eso, no yo. Me siento orgullosa de lo que hicimos. Ahora es tu turno. Te preparaste para escribir sobre nosotros. Cómo lo hagas es problema tuyo, no mío. Es parte de mi pasado; ahora es parte de tu presente”. Durante las varias semanas que pasamos juntos, Laura compartió conmigo no sólo su cuaderno en el que registró las muchas discusiones que los piqueteros mantuvieron durante el corte de las rutas sino también las cartas que ella escribió a sus amigos sobre el episodio y su diario personal.

Para Laura y Nana los levantamientos han sido cruciales en sus vidas. “Después del 16 – me dice Nana– ya no uso maquillaje. Me dejo las canas. Tampoco uso más minifalda. Me convertí en una mujer comando, una mujer de batalla. Tomé todo esto muy seriamente, incluso después del 16... Para mí, el 16 fue la batalla que gané.” Laura también habla de la pueblada en términos personales. Refiriéndose al acuerdo que firmó con el gobernador, dice Laura: “Estaba firmando contra las injusticias, las humillaciones que sufrí durante mi vida”. Nana y Laura no pertenecen a ningún partido político, ni sindicato ni otro tipo de organización. Sus historias son

diferentes. Viven separadas por kilómetros, en diferentes provincias y no habían sabido nada una de la otra antes de que me introdujera en sus vidas. Sin embargo, las dos piensan en esos episodios de lucha en términos personales. Para ambas las revueltas populares significaron algo especial: ambas admiten que los días de fervor en las calles y rutas “marcaron” sus vidas, que desde entonces sus vidas cambiaron radicalmente.

C. Wright Mills diría que cuando ocurren episodios de lucha colectiva, una empleada pública como Nana se convierte en una manifestante y una maestra particular como Laura se convierte en piquetera. Wright Mills habría añadido entonces que ni la vida de los manifestantes ni la historia de los levantamientos puede ser entendida sin comprender a ambas. “Comprender a ambas” es la tarea de la imaginación sociológica. Este libro examina la intersección de esos episodios de protesta popular con las historias de vida de Nana y Laura, dos mujeres que viven en territorios olvidados de la Argentina, prestando particular atención a los modos en que las biografías de Nana y Laura modelan sus acciones y sus discursos durante los levantamientos y los diversos efectos que ambos episodios tuvieron en sus vidas. A lo largo de este texto también pretendo responder la pregunta que me hizo Nana más de dos años atrás: ¿cuál es el significado de ese “souvenir”? Pretendo explorar si el cuaderno de Laura (y, por ende, su transformación en piquetera) es, como ella dice, parte de su pasado o, como yo sospecho, parte de su actual autoidentidad. El objeto que sirve de recuerdo a Nana, el cuaderno de Laura y las historias que me contaron son extremadamente significativas porque son portadoras de lo que más me interesa a mí acerca de la intersección de biografía e historia: los vínculos entre los sentidos que la protesta posee durante y después del hecho (es decir, las “experiencias vividas” de la acción colectiva) y las biografías individuales de los manifestantes.

Vidas beligerantes no se refiere solamente a Nana y al Santiagueño y a Laura y a la pueblada. Se refiere a un modo de ver la in-

tersección de los acontecimientos de una lucha en relación con las vidas humanas. De hecho, existen trabajos previos que examinan la intersección de la biografía y la protesta que se centran principalmente en el pasado militante de quienes participaron en el movimiento social, su migración de una organización del movimiento social a otra y la subsiguiente transmisión de tácticas de movilización y la impresión que la participación en ese movimiento social pudo o no haber tenido en las vidas individuales de los militantes.¹

Generalmente, las obras que analizan el punto de encuentro entre biografía y lucha se concentran en el caso de los *militantes*, un enfoque que no problematiza la participación de personas como Laura y Nana. Las raíces de sus actos y sus discursos de lucha, sus experiencias vividas de lucha popular están inmersas en una trama

¹ E. Ginsburg (1989) explora, por ejemplo, las conexiones entre los ciclos de vida y los compromisos con la acción colectiva entre los militantes de origen popular en favor o en contra del aborto (tanto quienes están por el “derecho a la vida” como los que están a favor de la “libre elección”). Rupp y Taylor (1987) abordan la intersección de biografía y activismo entre las feministas del movimiento estadounidense por los derechos de las mujeres durante las décadas de 1940 y 1950; Rogers (1993) estudia las vidas de los líderes negros y blancos del movimiento por los derechos civiles en Nueva Orleans durante las décadas de 1950 y 1960, prestando particular atención a los orígenes de su militancia; Downton y Wehr (1997) examinan a su vez las características personales y las experiencias de vida que subyacen a los compromisos de largo plazo de los militantes pacifistas “persistentes”. Frankel (1984) y Brodtkin Sacks (1984) también toman en cuenta las habilidades organizativas que, previamente empleadas en la creación de la familia y de las redes comunitarias, las mujeres aportan a sus esfuerzos organizativos como miembros de la fuerza de trabajo. Uno de los estudios más conocidos sobre la difusión de tácticas de movilización es la obra de Doug Mc Adam de 1988 sobre las tácticas y las estrategias aprendidas durante el “Freedom Summer” de 1964 luego utilizadas en los movimientos estudiantiles, feministas y pacifistas (véase también Meyer y Whittier, 1994) y el análisis de Ellen DuBois (1978) sobre la continuidad, metodológica e ideológica, entre el movimiento antiesclavista y el movimiento de los derechos de la mujer en los Estados Unidos. Para un enfoque reciente sobre la relevancia de la biografía en los estudios de los movimientos sociales véase Jasper (1997).

compleja de temas biográficos que va mucho más allá de su militancia; en realidad, ni Nana ni Laura ni muchos de los manifestantes en Santiago y en Cutral-có tienen una historia de militancia. Los modos en que viven la protesta (lo que hacen, lo que piensan, cómo se sienten durante el episodio) están profundamente modelados por sus biografías; es decir, sus experiencias del levantamiento están marcadas, en parte, por esquemas de acción, percepción y evaluación que, forjados en sus vidas en forma previa a los episodios de lucha, se actualizan en las calles de Santiago y en las rutas de Cutral-có. Este libro explora los modos en que Laura y Nana revisan sus acciones, pensamientos y sentimientos en las rutas de Cutral-có y en las calles de Santiago en términos dolorosamente familiares para ellas, iluminando así la continuidad entre sus historias de vida (es decir, sus trayectorias no simplemente como activistas sino como mujeres, esposas, amantes, madres, trabajadoras, etc.) y sus experiencias de esos episodios de lucha.

Nana y Laura actualizan un conjunto de disposiciones subjetivas durante los levantamientos pero no experimentan sus conductas en la ruta y en la calle en forma solitaria. Sus “manifestaciones vividas” no sólo tienen raíces en sus biografías. También, y de manera igualmente importante, se arraigan en relaciones y significados creados durante los episodios de lucha, en particular en la autocomprensión compartida de los manifestantes. En otras palabras, las experiencias que Laura y Nana tienen de la pueblada y del Santiagueño están traspasadas por sus propias historias y por las identidades colectivas activadas por los manifestantes; identidades que a su vez tienen raíces en la historia colectiva y en el sufrimiento actual de ambas poblaciones. Este libro observa cómo las historias de vida de los manifestantes se encuentran y se vinculan con la comprensión colectiva de los actores que manifestaron su descontento durante aquellos días.

En los relatos de los manifestantes podemos reconocer la relevancia de la movilización de recursos, de la apertura de oportu-

nidades políticas, del papel crucial representado por procesos de enmarcado que se encuentran en los orígenes de esos dos levantamientos. Esos procesos y otros mecanismos (los intercambios entre los diferentes sectores de la protesta, por ejemplo) que los observadores juzgaron centrales en la emergencia y el decurso de la lucha están realmente presentes en esos episodios y ciertamente podrían contribuir a explicarlos.²

Sin embargo, este libro no se centra en los mecanismos causales que condujeron a esas protestas sino en los modos en que los manifestantes construyen, piensan y sienten colectiva (y beligerantemente) sus acciones conjuntas. Por lo tanto, este libro se centra en la producción de sentido y en su explicación en los niveles individuales y colectivos. Con conceptos como identidades insurgentes (Gould, 1995), identidades narrativas (Somers y Gibson, 1994; Poletta, 1998a, 1998b), identidades imbricadas (Tilly, 1998a), memorias colectivas (Lee, 2000), conciencia opositora (Mansbridge y Morris, 2001), procesos de enmarcado (Benford y Snow, 2000) y repertorios discursivos (Steinberg, 1999) —para nombrar algunas de las abundantes herramientas analíticas actualmente usadas—, los abordajes actuales de la movilización colectiva llaman la atención sobre la estructuración de tipos particulares de subjetividades en la emergencia de la lucha.³ Las historias que se presentan en este libro se sirven de algunos de esos conceptos para

² Para un aporte clásico de la teoría de movilización de recursos véase Mc Carthy y Zald (1973, 1977); para un abordaje de las oportunidades políticas, véanse McAdam (1982); Tarrow (1998); y también Tilly (1978). Sobre el marco (y sus críticos) véanse Snow y Benford (1988, 1992); Benford y Snow (2000); Tarrow (1992); Steinberg (1998); Polletta (1998a). Para el reciente “giro relacional” en la sociología de la acción colectiva centrada en los mecanismos y procesos como la raíz de diversos episodios de lucha véanse McAdam, Tarrow y Tilly (2001).

³ Para una evaluación general de las virtudes y deficiencias de los usos de la noción de “identidad colectiva” en la literatura sobre movimientos sociales véase Polletta y Jasper (2001).

comprender los significados que esos dos episodios tienen para dos manifestantes y, más en general, la autocomprensión de los actores involucrados. *Vidas beligerantes* es por eso una interpretación de cómo es vivida y sentida, individual y colectivamente, por los manifestantes la lucha popular colectiva. Por el hecho de centrarse en los modos en que los piqueteros y los manifestantes dan sentido a la revuelta popular, el libro une dos preocupaciones clásicas de la antropología de la práctica y la sociología de la protesta, es decir, el examen de los fenómenos sociales desde el punto de vista “de los actores” (Geertz, 1973; Wacquant, 1995; Prieur, 1998) y el análisis de la lucha centrada en la autocomprensión de los insurgentes (Gould, 1995; F. Ginsburg, 1989).

¿Por qué es importante la intersección de experiencias colectivas y biografías individuales? ¿Qué añade a nuestra comprensión de los sentidos de los episodios de lucha? El Santiagueño fue la protesta más violenta en la Argentina democrática contemporánea y un hecho único en la América Latina moderna.⁴

No es común ver cientos de personas marchando en un pueblo, incendiando y saqueando edificios públicos y viviendas privadas. Fue un levantamiento que puso en convergencia las residencias de los malos funcionarios y los símbolos del poder público; una protesta realizada por “gente hambrienta y enojada”, como la definieron los principales diarios argentinos, en la cual ningún (o casi ningún) negocio fue saqueado y en la que no hubo muertes; un levantamiento violento, finalmente, que fue notablemente diferente de los episodios que tanto las autoridades como las élites clasifican con ese nombre, dado que el incendio y el saqueo se ubican en el centro temporal y geográfico del suceso.

⁴ La rebelión social de 1989 en Venezuela, que es el ejemplo que viene inmediatamente a la mente, fue muy diferente en términos de su duración, el alcance y los blancos de los saqueos (principalmente negocios) y la nómina de muertos (oficialmente 277). Véase Coronil y Skurski (1991).

Durante una semana, miles de habitantes de Cutral-có y de Plaza Huincul bloquearon el acceso a ambos pueblos petroleros, impidiendo en forma efectiva el movimiento de mercancías y personas. Pedían trabajo, reclamaban la presencia del gobernador y rechazaban la intervención de sus representantes elegidos democráticamente. La cantidad de manifestantes (veinte mil, según la mayoría de las fuentes) hizo retroceder a las tropas de la Gendarmería Nacional. Al día siguiente, Laura, una piquetera electa en forma popular como representante de los manifestantes, firmó un acuerdo con el gobernador en el cual se aceptaba satisfacer el grueso de los reclamos. La pueblada es otro suceso extraordinario en la Argentina democrática contemporánea: en estos días no se ve usualmente el retroceso de tropas derrotadas y a autoridades que acepten satisfacer demandas populares.

Hechos únicos, sí, pero no aislados. Con las economías regionales argentinas en completa penuria y con los recortes en el gasto público requerido por las políticas de “ajuste estructural” (Rofman, 2000; Rubins y Cao, 2000; Sawers, 1996), la década pasada fue testigo de la generalización de la lucha colectiva en las provincias del interior: cortes de rutas, sitiamientos y ataques contra edificios públicos se volvieron una práctica extendida en el sur (las provincias de Neuquén, Río Negro, Santa Cruz, Tierra del Fuego) y en el norte (Jujuy, Salta, Tucumán, Corrientes, Chaco, para nombrar a unas pocas) de las provincias del país.⁵ Los especialistas concuerdan en que formas de protestas novedosas y no convencionales están transformando el interior de la Argentina en una verdadera zona

⁵ Según el Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, los cortes de rutas se hicieron bastante generalizados en 1997; durante ese año hubo ciento cuarenta. Esta “nueva forma de protesta” decreció en frecuencia durante 1998 (cincuenta y un cortes) pero trepó considerablemente en 1999 (doscientos cincuenta y dos cortes), en 2000 (seiscientos catorce cortes) y en 2001 (mil trescientos ochenta y tres cortes).

de beligerancia (Tenti, 2000; Entel, 1996). Algunos caracterizan esas prácticas colectivas como parte de un repertorio emergente de acción colectiva (Schuster, 1999; Farinetti, 1999, 2000).⁶ Otros tratan de conceptualizar la novedad de esas formas de lucha en términos de dinámicas cambiantes de la identidad colectiva (Scribano, 1999); en tanto, otros las ven como indicadores de un frente insurgente opositor, un “gran movimiento” contra el capitalismo global neoliberal (Iñigo Carrera, 1999; Klachko, 1999). Aunque existen importantes desacuerdos entre estos intentos dispersos de análisis, la mayoría, si no todos, consideran las políticas de ajuste estructural como causa del surgimiento de la protesta.

John Walton y David Seddon (1994) (véase también Walton y Ragin, 1990) describen y explican la oleada de protesta popular que siguió a la implementación de políticas de ajuste estructural y a las medidas de austeridad gubernamentales en el mundo en desarrollo entre las décadas de 1970 y de 1990. Los autores argumentan que el origen específico de las “protestas contra la austeridad” (es decir, “acciones colectivas de amplia escala que incluyen demostraciones políticas, huelgas generales y protestas” [Walton y Seddon, 1994, p. 39] se encuentra en el período de ajuste global que siguió a la crisis de la deuda internacional. Walton y Shefner (1994) aplican el mismo abordaje global al análisis de la generalización de la protesta en América Latina. Durante la última década, una década que fue testigo de una tendencia mundial hacia la reorganización económica neoliberal,

[...] la amplia implementación de medidas de austeridad como una condición del ajuste estructural y la reestructuración de la deuda representó un ataque contra los mismos medios que hacen sustentable la vida urbana. La austeridad suscitó la protesta popular en los momentos y los lugares en los que se combinaron

⁶ Sobre el concepto de repertorio de acción colectiva como un conjunto de medios y significaciones de la producción de demandas, véase Tilly (1986).

penuria económica, demandas externas de ajuste, hiperurbanización y tradiciones locales de movilización política (p. 99).

En verdad, la crisis de la deuda internacional y el impacto de las recetas neoliberales para los problemas estructurales que afectan las economías en el sur en general deben considerarse con certeza culpables de la oleada de protestas populares en la Argentina y en la mayor parte de América Latina y, a su vez, de esos episodios particulares. El servicio de la deuda externa se ha convertido en la principal preocupación presupuestaria en la Argentina y en la mayoría de los países del subcontinente. Para evitar el default total, las condiciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial sobre los préstamos otorgados se endurecieron y se implementaron bajo el nombre de esquemas de austeridad o programas de “ajuste estructural”. Entre otras cosas, esos programas obligaron a las naciones del sur a recortar el gasto social y a privatizar las propiedades del Estado (Laurell, 2000; Korzeniewicz y Smith, 2000). Recientemente, el FMI y el Banco Mundial comenzaron a presionar al gobierno nacional argentino para que extendiera el ajuste a las provincias de tal modo que en enero de 2000, el déficit fiscal en las provincias se convirtió en uno de los principales obstáculos en las negociaciones entre el FMI y el ministro de Economía argentino.⁷

Habría sido imposible, si no ridículo, tratar de comprender la pueblada y el Santiagueño sin tomar en cuenta los efectos de la privatización de la empresa petrolera estatal en Neuquén, Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) y los intentos para reducir el empleo público en Santiago del Estero. Pero los factores estructurales que están en la base de esos episodios de lucha sólo comienzan a decirnos cómo *viven* los sucesos los manifestantes; el ajuste estructural apenas agota la respuesta a la pregunta crucial ¿respecto de qué se protesta? Antes que procurar inscribir ambos episo-

⁷ Véanse varios artículos de *Clarín*, enero de 2000.

dios en un ciclo más amplio de lucha (nuevo o no), en una gran oleada de protesta contra las calamitosas consecuencias del ajuste estructural (inevitable o no) o en un movimiento incipiente de resistencia (más o menos radical), examino los modos biográficos y relacionales en los cuales los protagonistas les otorgan sentido. ¿Cuál es el aporte diferencial que este centramiento en las interpretaciones de los episodios por parte de los manifestantes proporciona a nuestra comprensión de los episodios de lucha en general y de la pueblada y del Santiagueño en particular? Un aporte enorme, porque una vez que consideramos la autocomprensión de los manifestantes seriamente, veremos que esos levantamientos tienen ciertamente que ver con el ajuste estructural, pero tienen que ver también con asuntos “locales”, como la corrupción gubernamental y la insatisfacción de los pobladores respecto de sus representantes electos –los levantamientos se vinculan tanto con la política como con la economía–. Más aun, una vez que centramos la atención analítica en las experiencias y en las biografías de los manifestantes, veremos también que las protestas tienen mucho que ver tanto con la búsqueda individual y colectiva de reconocimiento y respeto como con las condiciones materiales de vida. En otras palabras, considerar la actuación de los manifestantes de ambas protestas sólo en términos de luchadores contra el ajuste es errado; obtura la dinámica de la política local e ignora los sentidos “nativos” en los que los participantes inscriben la protesta. En este libro afirmo que los manifestantes en Santiago del Estero y en Neuquén han buscado, ciertamente, trabajo y salario, pero también han buscado dignidad.

¿Por qué Laura y Nana?

“Ningún estudio social que no retorne al problema de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de una sociedad ha

completado su periplo intelectual”, escribe C. Wright Mills en el primer capítulo de *La imaginación sociológica*. Ese libro versa tanto sobre los significados de los levantamientos como acerca de las vidas de dos de sus participantes –vidas que, hasta un cierto punto, están definidas (“marcadas”, como dicen las dos, Laura y Nana), por los episodios–.⁸

Las razones por las cuales elegí relatar las historias de Laura y de Nana y a través de ellas las experiencias vividas de ambos episodios son diversas. Me contacté con Laura porque ella fue la cara visible de la organización piquetera. Escuchándola me sorprendió advertir cuán profundamente la historia de su vida está vinculada con su participación (y comprensión) de la protesta. Se involucró primeramente con las acciones de los piqueteros a partir de una “ofensa de género”, lo que sería incomprendible sin considerar su historia de abuso y violencia domésticos. Durante esos siete días en la ruta Laura tuvo dos obsesiones: proteger a la protesta de los políticos y proteger a los manifestantes de la represión. Esa angustia por proteger y cuidar no surge de una supuesta condición femenina universal sino de una trayectoria social particular, una biografía de género que genera un conjunto particular de disposiciones. Su historia es interesante porque ilumina la continuidad (o incluso la circularidad) entre la rutina de la vida cotidiana y la lucha.

⁸ El impacto de los movimientos sociales sobre las vidas individuales es, según muchos especialistas (McAdam, 1999; Polletta y Jasper, 2001), uno de los temas menos explorados en la literatura. Según McAdam (1999), “la militancia intensa y sostenida debería agregarse a la bastante selecta lista de las experiencias de comportamiento (la escolaridad, la paternidad o la maternidad, el servicio militar) que tienen el potencial para transformar la biografía de una persona”. Polletta y Jasper (2001), por su parte, afirman que la participación en movimientos sociales “usualmente transforma las biografías posteriores de los militantes, dejando marca en sus identidades aun después del final del movimiento, tanto si eso es o no un objetivo explícito”. Lo mismo, sostendré, vale para el compromiso contraído en una sola oportunidad, con un episodio beligerante del tipo experimentado por Laura y Nana.

En el Santiagueño no hubo líderes o protagonistas visibles con los que contactarse. Elegí a Nana por otras razones. El hecho de que antes de convertirse, en sus propias palabras, en “una activista del Santiagueño”, hubiese sido durante muchos años “la reina del carnaval santiagueño” hace de ella una suerte de tipo ideal viviente de una dimensión crucial (aunque subestimada) de la protesta: sus aspectos carnavalescos. Sus palabras y sus actos antes, durante y luego del levantamiento condensan, más que las de cualquier otro, la venganza, la parodia y la inversión jerárquica que, como aspectos que definen la noción de carnaval, se encuentran en el centro del Santiagueño. Pero la historia de Nana emblematiza también otro conjunto de significados que la protesta tiene para la mayoría de sus protagonistas. Escuchando a “la reina” a menudo me sorprendió la analogía entre su vida individual, una historia de sufrimiento y superación, y la forma y el destino de la protesta de 1993: tanto ella como la protesta hablan de la frustrada e interminable búsqueda de respeto.

Sin embargo, las historias de Laura y de Nana son interesantes no sólo por lo que nos dicen sobre los levantamientos y sobre el modo en que los participantes activos los viven. Cuando hablan de sí mismas Nana y Laura me enseñaron mucho sobre la realidad –la desgracia, diría– de las mujeres que viven en un mundo que (todavía) sigue determinando límites para el hombre y para la mujer, de la rigidez perpetua de un orden sexual androcéntrico, de la vida en pueblos que están sufriendo los efectos conjuntos de la eliminación del componente de bienestar del Estado y del aumento del desempleo masivo y, en general, de la suerte de regiones que no tienen lugar para muchos de quienes viven en ellas. Y como Rosine Christin en “A Silent Witness” [Un testigo silencioso] (1999), me di cuenta de que hay que escuchar de manera diferente a personas como Nana y Laura porque ellas “pueden hablar de una vida saturada de historia colectiva sólo mediante un lenguaje personal, contar ‘cosas pequeñas’” (p. 360), cosas que, como me dijo Nana muchas veces, “no te van a interesar”. Más que otros entrevistados ellas me permitieron comprender la vida

de mujeres (y hombres) de mi edad que viven en regiones ignoradas (tanto por los hacedores de políticas como por los científicos sociales), el modo en que dan sentido tanto a la falta de futuro como a las razones para reaccionar a través de la indignación o de la revuelta (a veces individualmente, a veces colectivamente) contra la desesperanza. En el lenguaje de las “pequeñas cosas”, de las anécdotas cotidianas a las cuales consagro especial atención a lo largo del libro, también me permitieron comprender en términos muy concretos de qué se trata la “lucha por el reconocimiento”.

En *Pascalian Meditations* [Meditaciones Pascalianas], Pierre Bourdieu sostiene que la “búsqueda del reconocimiento” es el resorte definitivo de la acción humana. La necesidad de justificación, legitimación y reconocimiento es, según Bourdieu, un hecho antropológico básico. Esta sed de reconocimiento sólo puede saciarse mediante los mundos sociales específicos que los seres humanos habitamos. Esta búsqueda, en otras palabras, sólo puede ser satisfecha a través del “juicio de los otros”, que –inseguro e incierto como es– se transforma entonces en el principio fundamental de “certidumbre, seguridad [y] consagración” (Bourdieu, 2000, p. 313); o, como dice Axel Honneth (1995, p. 132), la autoimagen normativa de los seres humanos depende de “la posibilidad de ser continuamente apoyados por otros”. Tanto Bourdieu como Honneth reconocen que los caminos a través de los cuales las personas podemos satisfacer esta necesidad demasiado humana de reconocimiento son históricamente variables. Por un lado, las historias de Nana y de Laura son interesantes porque iluminan cómo esta búsqueda de ser reconocido y valorado atraviesa líneas de clase y de género. El relato de sus vidas que hacen Nana y Laura refleja cómo mujeres de clase trabajadora experimentan las desigualdades de clase y las jerarquías de género en un lugar y un tiempo particulares cuando intentan satisfacer la necesidad humana básica de ser reconocidas y respetadas.

Por otro lado, las historias del Santiagueñazo y la pueblada, de los modos en que los manifestantes las viven y las recuerdan, son inte-

resantes porque demuestran cómo esta búsqueda de reconocimiento puede ser llevada a cabo en conjunto. En la acción colectiva, tanto como en otros juegos sociales que ofrece el mundo social, hay una emoción y un placer que van mucho más allá de los beneficios anticipados –en estos casos salarios y empleos–. En los últimos años, los especialistas en acción colectiva han venido prestando creciente atención a lo que yo llamaría, tomando la expresión de Philippe Bourgois (1995), la “búsqueda de respeto” presente en las políticas de lucha (Mc Adam, 1988; Calhoun, 1994; Jasper, 1997; Saint-Upéry, 2001). En su estudio de las guerrillas rurales salvadoreñas, por ejemplo, Elisabeth Wood (2001a, 2001b) sostiene que la participación *per se* en los actos guerrilleros implica lo que ella denomina “beneficios emocionales inherentes al proceso”, que dan fundamento al orgullo y permiten a los militantes expresar su indignación moral y afirmar su reclamo de dignidad. Tal como Wood lo formula (p. 268): “La indignación moral, el orgullo, el placer, junto con motivos más convencionales tales como el derecho a la tierra, impulsaron la insurgencia pese al alto riesgo y la incertidumbre”. Hoy en día, prácticamente nadie negaría la existencia de esta dimensión crucial de la insurgencia. Pocos, sin embargo, han explorado las fuentes y las formas, la trayectoria de esta búsqueda de dignidad. ¿De dónde proviene? ¿Qué forma adopta?⁹

En verdad, los manifestantes buscan respeto y afirman su orgullo porque en eso consiste la totalidad de la existencia social –el “hecho antropológico básico” acerca del cual Bourdieu nos habla tan sagazmente–. Pero, como veremos, quienes luchan, en lugares y en

⁹ Para una reconstrucción de las raíces de la “búsqueda de respeto” en otras prácticas además de la lucha popular, véase el trabajo de Bourgois (1995) sobre las bases culturales del tráfico de crack (pasta base de cocaína). El estudio de Calhoun sobre el movimiento estudiantil chino (1994) ofrece también un detallado análisis sobre los orígenes de las demandas de respeto de los estudiantes y la función central del insulto en la dinámica de la acción colectiva.

momentos concretos, sienten la necesidad de enfatizar este aspecto de su lucha porque sienten que se les ha faltado el respeto, han sido insultados o marginados por otros específicos o por circunstancias particulares. Desde el punto de vista de los manifestantes, ambos levantamientos tienen el poder de rescatarlos del olvido, un olvido que tiene nombres y rostros definidos. En las calles de Santiago, en las rutas de Cutral-có, Nana, Laura y muchos manifestantes y piqueteros emergen de la indiferencia oficial y buscan algo que excede con mucho el reclamo de necesidades elementales. Para ellos la protesta es un momento en el que se sienten justificados, aceptados y apreciados. Sólo escuchando atentamente las historias que tienen para contarnos podemos aprender acerca de ese (otro) conjunto de significaciones.

Sobre el trabajo de campo, las historias y las experiencias

Mi trabajo de campo (véase el Apéndice) consistió en recolectar historias que los participantes, las autoridades y los testigos tenían para contar acerca de ambos episodios de lucha. Laura, Nana y muchos otros me hicieron partícipe de muchas historias no sólo acerca de los levantamientos sino también acerca de sus vidas pasadas y presentes. *Vidas beligerantes* utiliza esos relatos para proponer un debate sobre las raíces biográficas y relacionales de las experiencias de la protesta popular.

Los científicos sociales ya se han servido de los relatos (D. James, 2000; Passerini, 1987), enfatizando primordialmente su potencial como ventanas que se abren (pero no como reflejos de) hacia los sentidos de prácticas individuales y colectivas extremadamente diversas, desde la matanza de gatos (Darnton, 1991) a la lectura de la Biblia (C. Ginsburg, 1980), de las peleas de gallos (Geertz, 1973) a los combates entre boxeadores (Wacquant, 1995). Los especialistas en la acción colectiva también están prestando creciente atención

a los relatos. Las historias son fundamentales no sólo para crear las posibilidades de la acción colectiva (tramar, por ejemplo, las oportunidades políticas para actuar, encuadrar “objetos, situaciones, acontecimientos, experiencias y secuencias de acción”),¹⁰ sino también para construir el significado experiencial de los acontecimientos durante y después de su ocurrencia y por lo tanto la autocomprensión de aquellos que, en cada uno de los bandos, participaron en ellos.

Sabemos ahora que los relatos orales no revelan patrones de conducta o conciencia de manera directa o no mediada (Passerini, 1987). Como lo sugiere Daniel James (1997, p. 36) en su soberbio análisis de la historia de vida de Doña María:

Si bien el testimonio oral es realmente una ventana hacia lo subjetivo en la historia, el universo cultural, social e ideológico de los actores históricos, debe decirse sin embargo que la perspectiva de la que es vehículo no es algo transparente que refleja simplemente los pensamientos y sentimientos tal como realmente fueron o son. Como mínimo, la imagen es refractada, el vidrio de la ventana no es claro.

Con todo su carácter de incertidumbre, las historias que los actores cuentan tras el suceso no hablan sólo de la construcción política en el proceso del levantamiento (la “construcción social de la protesta”), sino también de las esperanzas, las emociones y las creencias que en aquel momento tenían los manifestantes. No importa cuán poco claras sean esas voces (incluso por eso, especialmente, puesto que, como veremos, fueron oscurecidas por el discurso oficial), ellas son una de las pocas claves que –con todo lo débiles, desviadas e impredecibles que puedan ser– pueden contribuir a comprender cómo

¹⁰ Snow y Benford (1992, p. 137); véanse también Snow y Benford (1988) y Gamson (1998, 1992a); para una crítica reciente del marco de análisis véase Steinberg (2000).

la gente da sentido a la lucha colectiva. En estos casos existen, por suerte, otras fuentes para analizar la comprensión compartida de los participantes y para analizar los significados colectivos de la protesta. En este libro no me baso solamente en recolecciones orales. Utilizo también filmaciones de video, notas periodísticas y –en el caso de Cutral-có– el cuaderno de notas conservado por un actor clave.

Esos materiales, espero, nos ayudarán a acercarnos lo más posible a las diversas experiencias de los levantamientos, a los modos en que piqueteros y manifestantes dieron sentido a sus acciones y a sí mismos, sabiendo, sin embargo, que existe una tensión permanente entre las experiencias de ese momento y los recuerdos relatados al investigador años después de los sucesos. Como Roy (1994, p. 24) afirma lúcidamente:

Para comprender un acontecimiento, para no hablar de un fenómeno, debemos seguirle el paso a las variadas experiencias de ese acontecimiento, aun cuando debemos comprender que lo que comprendemos es apenas una aproximación. Que la aproximación tenga origen en la experiencia del actor no es un problema; éste es el punto. Es una cuestión importante cómo se experimenta la experiencia. Pero el modo en que la experiencia es formulada, recordada y vuelta a contar informa al interlocutor de algo que va más allá de “lo que sucedió”, algo que no podemos de ningún modo saber y que de ningún modo sucedió, puesto que lo que sucedió sucedió de manera diferente para muchas personas diferentes.

Este libro se divide en dos partes, una dedicada a Laura y la pueblada, otra dedicada a Nana y el Santiagueño. El primer capítulo de cada parte intenta responder la siguiente –confieso que muy amplia– pregunta: ¿qué acontecimientos, tanto en el marco más vasto de sus vidas como habitantes de una ciudad que experimenta los impactos conjuntos de las políticas de ajuste estructural y el olvido del Estado, y en el marco más circunscripto de sus vidas cotidia-

nas, convergieron para inspirar sus acciones de lucha? La respuesta general que disecciono en ambos capítulos es que las injurias provocadas por las rutinas cotidianas, las percepciones locales de las equivocadas conductas de los políticos y las comprensiones generales de los procesos de ajuste estructural se sumaron para dar lugar al levantamiento. El grueso de las dos partes se centra en las experiencias vividas de los levantamientos, prestando particular atención a los relatos de Nana y de Laura. Luego realizo una reconstrucción de sus historias de vida, clave para comprender sus experiencias. El último capítulo de cada parte se concentra en los recuerdos de los acontecimientos luego de ocurridos. En las conclusiones, me ocupo de algunos temas metodológicos importantes con los que me enfrenté durante mi trabajo de campo, en particular la función del analista social en la reconstrucción interactiva de los significados y las identidades de la protesta colectiva, una función que pese a los amplios análisis sobre el alcance y los trabajos de los “métodos cualitativos” ha sido bastante poco explorada.¹¹

En un momento en que las preocupaciones sobre la forma y el impacto de la globalización parecen permear casi todos los espacios del análisis social, llevar a cabo una investigación acotada de dos protestas en dos pequeños pueblos en el sur podría parecer absolutamente localista, y mi interés en dos individuos peligrosamente anecdótico. Los gatos en el siglo xviii en Francia (Darnton, 1991), los gallos en el siglo xx en Bali (Geertz, 1973), un granjero obcecado en el siglo xvi en Italia (C. Ginsburg, 1980), un falso marido en el siglo xvi en Francia (Davis, 1983) y, más recientemente, un hombre embrujado en la Sudáfrica contemporánea (Ashfort, 2000), un mecánico de la empresa Saab de la zona norte de Nueva York (Harper, 1992) y un buscavidas del ghetto negro de Chicago (Wacquant, 1999) me convencieron de que todavía se puede aprender muchísimo emprendiendo estudios “meramente loca-

¹¹ Marshall y Rossman (2000); Denzin y Lincoln (1994); Emerson (1983).

les”, de que los riesgos de sucumbir a lo anecdótico y a lo localista pueden ser evitables. No estudiamos aldeas, nos recuerda Clifford Geertz; estudiamos *en aldeas* procesos sociales más amplios, en este caso, la construcción de sentidos y recuerdos de la lucha popular. En los años en que viajé por el interior argentino, hablando con la gente y estudiando los periódicos locales en busca de historias de lucha, me fui convenciendo cada vez más de que, al menos para el estudio de la protesta en la América Latina contemporánea la “promesa” de C. Wright Mills seguía incumplida. Todavía es necesario derrumbar los muros que separan los grandes y “serios” relatos de protesta de las aparentemente menos importantes, “menores”, esferas “privadas” de las vidas de las personas. La intersección de las biografías beligerantes y las historias sigue siendo un terreno sin demarcar. A esa tarea se abocan las siguientes páginas.

Primera parte
Los piqueteros